

El cosmos en una taza

Estudiar la ceremonia del té es estudiar la cultura y las tradiciones japonesas. Kakuzo Okakura nos invita a ello

JUAN MALPARTIDA

La ceremonia del té forma parte de una cultura, la japonesa, que a lo largo de muchos siglos ha hecho de la cortesía, la observación y la experiencia espiritual una sola tarea. Roland Barthes calificó al Japón de imperio de los signos, y Octavio Paz, pensando en ese mismo mundo, desplazó el signo al ritual. Si unimos ambos conceptos nos encontramos con un ritual de signos, entre la quietud (aparente) y la movilidad (ilusoria).

Kakuzo Okakura (1862-1913) fue un estudioso vinculado a instituciones de arte japonés tanto en su país como en Estados Unidos. Colaboró estrechamente con Ernest Fenollosa, cuyos textos influyeron en Ezra Pound y sus *Cantos*. Su nacionalismo algo susceptible no le impidió tener una visión lúcida de las sutilezas de las artes tradicionales japonesas, siempre asistidas por el espíritu zen y, al fondo, por el sintoísmo. Para difundir mejor las riquezas de la cultura nipona, escribió su obra en inglés.

Disposición espiritual

Esta bella edición de *El libro del té* ha sido traducida, con gran competencia, por el compositor Pablo Sorozábal Serrano. Okakura también podría haber titulado su libro *Elogio de la cultura japonesa a través de la ceremonia del té*, porque eso es lo que hace; de hecho, la obra se cierra con una pequeña historia del ikebana o arreglo floral.

¿Qué hay en la ceremonia del té que la hace tan peculiar? No sólo es un ritual que implica a la persona que ofrece el té y a quien lo recibe, o al espacio donde se realiza, sino también al hecho de que se convierte, sin dejar de ser la toma de un alimento, en una metáfora. Al mismo tiempo, el té supone una disposición espiritual, y su realización, el vínculo con la tradición (cul-

tura) y con la naturaleza (cosmos). No es extraño que en Occidente hayan sido los ingleses los que mejor la han adaptado; creo que se debe a que son ceremoniosos y a que tienen una relación con la naturaleza altamente sensible, impensable entre nosotros.

Al igual que el budismo, la planta del té les llegó a los japoneses desde China, de donde es originaria, y donde tenía el prestigio de aliviar el cansancio, levantar el ánimo, reforzar la voluntad y mejorar la vista. Con la dinastía Tang alcanzó el prestigio de una ceremonia tocada por el espíritu panteista.

Nosotros mismos

Fue el poeta Lu Wu (siglo VIII), en su obra *El libro sagrado del té*, quien elaboró su código. En Japón, bajo el espíritu de la filosofía zen, el ritual cristalizó en el siglo XV. La peculiaridad nipona, explica Okakura, viene de su lectura del budismo, sin duda menos intelectual y no exento de humor y asimetría a través del taoísmo. «Los historiadores chinos han hablado siempre del taoísmo como del arte de estar en el mundo, pues trata del presente: nosotros mismos».

Hay en las decoraciones y en las ceremonias de las casas de té (*sukiya*) un equilibrio entre lo espiritual y lo terrenal, entre la presencia y la ausencia, huyendo siempre del rigor de la simetría, tendente a la abstracción. Es curioso que los ideogramas originales que designan la casa de té signifiquen «la morada de la fantasía» y, con algunos cambios, «la morada del vacío» o «de lo asimétrico». Una casa que es émula del monasterio zen. Gracias a esta influencia, más que la perfección, lo que otorga el sentido es su búsqueda. Cerramos este comentario con una frase que sin duda habría aprobado William Blake: «Su absoluto es lo relativo».

El libro del té Kakuzo Okakura



Trad. de Pablo Sorozábal Serrano.
El Taller del Libro, 2016
87 páginas
23,75 euros



Utopía individual, utopía colectiva

¿Se puede «Vivir sin dinero»? Mark Boyle lo ha conseguido durante un año y lo cuenta en un volumen que se titula precisamente así. «Otro mundo, más local, es posible», afirma

CRISTINA VALLEJO

Ante el fin de las utopías colectivas, cobran fuerza las individuales. Y un ejemplo es el reto al que se sometió Mark Boyle, autor de *Vivir sin dinero. Un año libre de economía*. Llevó sus convicciones hasta las últimas consecuencias y narra su experiencia, la que da título al libro, así como sus motivaciones y unos propósitos que trascienden lo meramente personal en un estilo ágil y muy cercano.

Cuenta Boyle cómo se pre-

paró para ese año; cómo consiguió un alojamiento; cómo diseñó su ducha y su retrete para no producir CO2; cómo se las ingenió para calentarse en el invierno y para hacer acopio de comida durante esos doce meses; cómo intentó mantener sus relaciones sociales, pese a vivir lejos de los suyos y contar con apenas una bicicleta con la que desplazarse; o cómo inauguró ese año preparando una comida multitudinaria sin echar mano del vil metal ni tampoco del «gorroneo» a sus semejantes: la sociedad del despilfarro

tira demasiados alimentos en buenas condiciones (no sólo los hogares, sino sobre todo las grandes cadenas de distribución), y la naturaleza pone a nuestra disposición tantos regalos que se desprecian porque no están recubiertos de plástico en un centro comercial, que lograrlo no le resultó difícil.

Garantía de seguridad

¿Que por qué quiso vivir sin dinero? Arranca con una disertación contra el dinero porque, argumenta, es el germen de la competencia frente a la coope-